

Pensar en la cultura (en tiempos de vacas *muy* flacas)

JORGE A. GONZÁLEZ

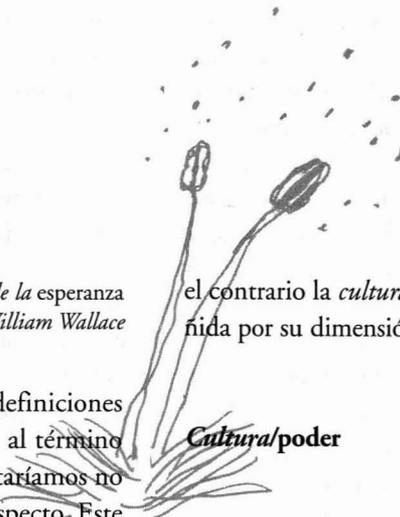
*A los profesionales de la esperanza
émulos sudorientales de William Wallace*

el contrario la *cultura/saber* está irremediabilmente constreñida por su dimensión material.

Si comenzamos por el socorrido lado de las definiciones que en el curso del tiempo se le han dado al término 'cultura', podríamos pasar varios días y gastaríamos no pocas hojas intentando hacer una reflexión al respecto. Este término se ha usado de formas y estilos múltiples, pero de cualquier modo que se le mire, aparece siempre ligado al *saber*, al *poder*, al *querer* y al *ser*, así como a otras tantas dimensiones vinculadas a una actividad humana y social completamente elemental: *la creación del sentido de la vida y del mundo*, es decir, el variado, multicolor y conflictivo universo de las *interpretaciones*.

Cultura/saber

La cultura está ligada al conocimiento, al *saber*, al conocer, y por ello tiene un vínculo íntimo con la información, esa configuración energética que reduce nuestro grado de incertidumbre respecto a algún evento cuando ordena (informar) una transmisión de señales. La información es algo que se puede *dar* y, sin embargo, no se pierde. En esta dirección la cultura aparece ante nosotros como un *cúmulo* sedimentado de interpretaciones y al mismo tiempo como una *capacidad* de los seres humanos para generarlas y regenerarlas; la cultura se comparte, se acumula, se transmite, se almacena, se difunde, se interpreta y se reinterpreta sin parar. Pero la información no puede generarse y transmitirse sin un soporte material, sin un vehículo que la canalice y la haga accesible a otros. La cultura tiene una dimensión *signica* que le da su especificidad, pero simultánea y necesariamente posee otra condición que no se cierra en la pura *signicidad*, por



Cultura/poder

*Todos somos iguales,
pero algunos son más iguales que otros*

Y si en ese primer caso acusamos su virtualidad para expandirse ilimitadamente *urbi et orbi*, esta última dimensión ("no sólo de pan vive el hombre", ciertamente, pero *sin pan no se vive*) la liga y somete siempre a un entramado de relaciones históricas y sociales que pautan la generación, distribución y acceso de los recursos que hacen posible su existencia concreta en un lugar y en un tiempo. Por ello, la cultura tiene otro vínculo indisoluble con el *poder*. Desde luego, la relación entre cultura y poder no implica solamente la simple posesión o el acceso a los soportes y a los productos materiales que atrás mencionamos, sino también a una estructura de repartición precisamente del *saber* y de las habilidades para aprovechar los soportes, los medios y los productos que nos sirven para que se pueda generar *más saber*. Se dice que "el que nace para maceta, no pasa del corredor", pero ello no es una condición *natural*, sino más bien *posicional*: "optar" por *ser* maceta como forma de vida, depende menos de la voluntad que de la existencia objetiva de zonas "eminente" maceteras (para abusar de la metáfora con una perla del argot que deleita a los hombres del poder). El ejercicio del poder genera disimetrías que han sido construidas en el curso de todas las historias con minúsculas y a lo largo de toda la Historia con mayúsculas. Y la cultura, ese universo convexo de las interpretaciones, no se puede entender separada de los lugares que rigurosamente delimita y consagra aquel ejercicio.

Cultural/querer: deseo y movimiento

*¡Yo no quiero que me den,
nomás pónganme donde hay!*

A pesar de los pesares y de toda la energía inmensa que se pone en forma para cristalizarla, para preservar el estado de las cosas “tal y como siempre han sido”, la sociedad se mueve, vibra, resuena, cruje. Ese movimiento de sus hombres y mujeres está ligado a *querencias* varias, múltiples, contradictorias, a veces incompatibles entre sí y en ocasiones incompatibles con otros. La *cultural/querer* está en el centro generador de las interpretaciones complejas de aquello que se desea para muchos (“para todos, todo, para nosotros, nada”) o para algunos (“hágase la voluntad de Dios en los bueyes de mi compadre”), de los anhelos, de los valores y los objetos que se cree que es posible y dable, justo y necesario alcanzar. Es el terreno donde se perfilan, se difunden y se reinterpretan los *valores*, sin cuya referencia se detiene el movimiento, la vida pierde (¿o gana?) su sentido *pesimista* (“No vale nada la vida, la vida no vale nada; empieza siempre llorando, y así llorando se acaba...”); su dimensión *heroica* (“La vida no vale nada si no es para perecer porque otros puedan tener lo que uno disfruta y ama...”); su abrevadero *optimista* (“Gracias a la vida, que me ha dado tanto...”), *consumista* (“Ven a compartir la *chispa* de la vida...”), y otros múltiples sentidos. Esta otra dimensión interpretativa de lo deseable, lo importante, lo urgente, moviliza (y a veces paraliza) desde lugares distintos a la sociedad misma y por supuesto, a la mismísima cultura.

La cultura como sentido de la inclusión

*Los mexicanos'tamos hechos
de una fibra muy especial
...¡somos la mezcla del tequila y el mezcal!
¡Somos la raza más chida!*

Alex Lora y El Tri

Ser y aprender a ser, ser o no ser, la cultura también está en el centro de la constitución de las identidades, es decir, de las plurales definiciones incluyentes del *nosotros* y excluyentes para nombrar a los *otros*.

En todos los casos, la cultura también opera como nuestro particular sentido de la inclusión, de pertenencia, afiliación o tradición respecto a ciertas construcciones de significación, todos éstos sistemas de signos que se generan y aprenden en la vida social. Dichas construcciones se elaboran en varias dimensiones.

La cultura es elaboración de nuestro *presente*, pues con base en ese universo de sentido, nos adaptamos a la realidad; la cultura es nuestro *sentido práctico* que in-forma, organiza la experiencia cotidiana para adaptarnos a una vida en común, para volvernos un *nosotros*. Además de permitirnos la domesticación del presente (¿o nuestra presente domesticación?), la cultura

tiene también una dimensión lúdica y onírica que nos permite escabullirnos (al menos por momentos) de los límites de la pesada realidad *tal-cual-es*. La cultura está preñada de esperanzas y mañanas por soñar, por conquistar. Proyecto y proyección, exceso y reventón, sueño y fantasía, evasión y eversión de las “crudas” constricciones que nos impone la *realidad-real*; la cultura nos permite, al soñar, al jugar, al reír, al escapar, abrir rendijas de utopías para *nosotros* en otros tiempos y mundos *posibles*. La cultura es, sin lugar a dudas, el principio de todas nuestras *esperanzas*.

Vinculada al *mundo-real* (claramente definido y preinterpretado) y a los *mundos-posibles*, la cultura es raíz y ligadura con todo lo que hemos venido siendo, haciendo, penando y gozando. Es por ello *recuerdo* selectivo de los pasos caminados, de nuestros orígenes, de nuestros muertos, de nuestros fracasos, de los espacios, los tiempos y los momentos que hicimos —a fuerza de sentido— memoriosamente *nuestros*. *Memoria* de lo que hemos sido y de lo que alguna vez pudimos ser, la cultura le da espesor al presente y amanecer al porvenir.

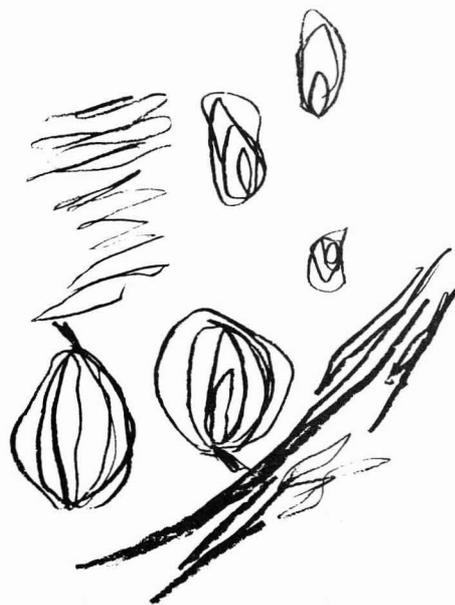
Muchos *mundos-reales*, infinitas *memorias* copresentes, variados *mundos posibles*, todos trenzados, la cultura jamás tiene un solo eje u origen, es siempre multifocal, mosaico compuesto de muchos *nosotros* sincopadamente *múltiples*, realidades plurales de sociedades igualmente numerosas y complejas.

La cultura es un *verbo* que se conjuga —necesariamente— en *plural*.

La cultura como sentido de la exclusión

Demuestre mi cultura, ¡no escupa!

La otra cara de la inclusión es precisamente la construcción social de los *otros*. En una dialéctica constante, *hacer* un sentido de pertenencia siempre va acompañado de la elaboración del sentido de lo que *no* somos. En un tiempo, toda la cosmovisión



de la humanidad fue *geocéntrica*: el cosmos —con toda evidencia— giraba al rededor de nuestro planeta. Todavía hoy, en nuestro lenguaje (que, preocupantemente, en unos cuantos años será no sólo del *siglo* pasado, ¡sino de otro *milenio!*) cargamos con reliquias de aquellos polvos (el sol y sus estrellitas *salen* en la bóveda celeste). La tierra como el *único* centro del universo. Toda otra posibilidad quedaba excluida por mandato divino. Pero también por efectos de la distribución desnivelada de relaciones de poder, la cultura ha tenido, en varias ocasiones, una definición *etnocéntrica* que privilegia sólo lo europeo, lo occidental, lo “blanco” como LA CULTURA (así, con mayúsculas). Todos los *otros* resultan (y resaltan) bárbaros, paganos, salvajes, *colored*, primitivos, hasta que no se asemejen a “nosotros”. Desde (y hacia) la posición anterior, quizás como deslizamiento *sociocéntrico*, la cultura de una clase o grupo social dominante se ha erigido en la única, real y verdadera *Cultura*, situación que —lo sabemos— implica una valoración despreciativa de las otras clases y grupos dominados dentro de la misma sociedad y de las *otras* formas (inferiores, menores, atrasadas) de organización social, externas a ella: la *puritita* justificación de las aventuras colonialistas. Otra variante de la exclusión, digamos, *tradicional*, está ligada a la gestión de las interpretaciones del *género*: durante siglos y milenios la “verdad” del sentido de la vida presenta tintes claramente *falocéntricos*. La cultura —el primer *sentido* de la vida pública— huele sospechosamente a *varón* y con ello se nos condena (a todos y a todas) a una racionalidad pública anclada —para decirlo de manera apresurada— solamente en *un* hemisferio del cerebro. La *razón* (y la interpretación “natural”, “correcta”, “normal”, “justa”, “sensata y verdadera”) descansa de modo apacible —¡qué es una raya más para el tigre!— en una exclusión más.

Globalización, ciberespacio y cultura de exclusión

Afuera,
afuera nada existe,
sólo adentro...

Caifanes

En tiempos recientes —éstos de las vacas muy pero muy flacas— las políticas neoliberales comienzan a diseñar el escenario del futuro globalizado y de la economía mundializada: *el mundo del mañana* (que hace rato empezó para millones de excluidos) será sólo de los que pueden, de los *insiders*, de los que sepan flotar y enriquecerse dentro de las marejadas y las corrientes de las libres fuerzas del mercado. Los demás, simplemente están *afuera*. El desdibujamiento de los estados nacionales por el florecimiento de nuevas ciudades-Estado, acorazadas y amuralladas —con muros de piedra y *passwords members-only*— (para la mayor seguridad de sus mundializados ciudadanos), interconectadas en una red virtual de comunicaciones telemáticas, autosuficientes, “inteligentes” y en suma,

globalizadas. Lo que antes valía, ahora ya no vale. Y el que no pueda sobrevivir, ¡que desaparezca!, ¡que se separe!, ¡que se extinga!, ¡que se joda! (con ayuda, por supuesto). De esta manera, al panorama de por sí variopinto de las modalidades del ejercicio de la exclusión atrás mencionadas, adjuntamos esta novedosa realidad: sin ningún asomo de concertación las universidades rechazan a cientos de miles de jóvenes, las empresas despiden a millones de empleados, los fraccionamientos de *gente bonita* levantan barricadas arquitectónicas con policía privada, los bancos se le van a la yugular a los deudores. En la perspectiva de la bella provincia mexicana la cuestión —también sin previo acuerdo— no es muy diferente: de repente el el camión de pasajeros de Comala, así nomás, dejó de *entrar* a la ciudad de Colima; los números telefónicos cambiaron —porque se colocó la fibra óptica para *optimizarnos*— y la gente tuvo que llamar por larga distancia a la misma ciudad a la que está absolutamente incorporada en lo económico, comercial, social, educativo, etcétera. De un día para otro, los comaltecos (¿cuántos pueblerinos más?) se comenzaron a volver “extranjeros” en su propia *matria*, *outsiders* de segunda. Simplemente, quedaron *afuera*.

Son los costos y saldos del *ajuste*, los residuos de la gran acumulación. Todo ello proviene de una forma de organización radial, a partir de un polo nuclear de decisiones verticales —*sociedad de información*— (nos previene Galindo) que gasta una enorme cantidad de energía y recursos para poder mantenerse en su esquema de exclusión. Éste, implica un *nosotros* muy pero muy estrecho (para muestra un botoncito de 24 neomillonarios), frente a un *los otros* (40 millones de pobres “extremos”) vasto, periférico e incomunicado entre sí.

La Cultura desde arriba: “¿i les va el sol?”

Here comes the sun [tu-ru-ruru]
here comes the sun
(and I say, “It’s alright”)

George Harrison

Así las cosas, la cultura definida por exclusión y valorada por autoaclamación de los mismos que son sus jueces y sus partes, sólo puede ser “irradiada” desde el centro hasta las periferias. Los procesos y las estructuras de concentración de los recursos y los materiales para la creación y recreación de nuevos sentidos e interpretaciones (estéticas, numinosas, formativas, salutíferas, divertidas, alimentarias, mediáticas, científicas y así diciendo) del mundo y de la vida han llegado a un estado de megac concentración inimaginable: tan sólo el sur de la Ciudad de México tiene *más* infraestructura y equipamiento cultural que ¡todo el país en su conjunto! Así se cierra un círculo vicioso, pues los científicos, los artistas, los creadores que pueden ser apoyados para generar un trabajo de calidad, son aquellos que tienen un trabajo de calidad, pero para poder tenerlo se requieren equipamientos de calidad, que no se tienen porque no hay

gente de calidad. ¡Claro, fuera del *De Efe*—y todos los *defecitos de petatiux* en que se quieren convertir las ciudades capitales del país— todo es Cuautitlán!

El esquema de alta —altísima— concentración y ejercicio radial y vertical de organización del sistema en su conjunto se reproduce de manera *fractal, holográfica* en todos los cuautitlanes y sus respectivos y polvorientos cuautitlancitos.

“Cuando *se le lleva* la cultura a la gente no responde, se duermen, no asisten.” Enorme reto y tarea de los promotores culturales y las instancias de difusión cultural, que al reproducir el esquema radial y heliocéntrico frustran todo intento y minan la más férrea y buena voluntad.

El sol sale (casi) para todos, pero no todos tienen bronceador (o *casi*).

Tensión y tiempo: el sentido de los sentidos en doble movimiento

*Tres veces te engañé
la primera por coraje
la segunda por capricho
y la tercera por placer...
(¡me estás oyendo, inútil!)*

Paquita la del Barrio

Todo el panorama anterior nos muestra a la cultura como un espacio simbólico en permanente edificación: en ella se negocia el sentido de la tolerancia, de las diferencias, de las desigualdades. *Tolerar* (o no) al *otro*, hacer (o no) de la *diferencia* condición de *desigualdad* de raza, de clase, de género, o bien, espacio de *encuentro* y reforzamiento mutuo en la diferencia. La diversidad, si se aprovecha, *nutre*; la uniformidad, si nos alcanza, *empobrece*.

La cultura como arena conflictiva en la que desde diferentes posiciones se definen y redefinen de manera constante y tensa los sentidos y las interpretaciones. Si bien siempre está en proceso de edificación, la cultura también es el terreno de la *confrontación* de los proyectos, de los esbozos, de los borradores y ensayos de la orientación y la forma que ese intento de construcción requiere, adquiere, busca, tiende y atiende. Toda definición del sentido de las cosas es simultáneamente una redefinición que afecta diversos intereses y posiciones; por ello la cultura tiene esta otra dimensión crítica, decisiva: es el espacio donde se *lucha* por definir el *nosotros*, los *otros* y lo que a *todos* nos une (o podría hacerlo) para poder *ser*, para poder *seguir siendo*. El terreno donde se cuecen los valores, las necesidades (y las necedades), las identidades que *todos* (“debemos”, “tenemos”) queremos perseguir. La factoría del sentido del *deber* y del *tener*. El hervidero de las versiones encontradas de la *memoria* (y lo memorable), de la *realidad presente* y del sueño *futuro*. Y bulle porque no hay nada más de *una sopa*, nada más de *una receta*, nada más de *un molde*.

Aunque es verdad que algunos moldes se fabrican (siempre de manera conflictiva y con costos pagados de manera diferencial) con la etiqueta de que ellos son los únicos y verdaderos moldes, para toda la vida, para todo el mundo.

Entonces la cultura se nos aparece como un *doble frente*.

Por un lado, es zona *fronteriza*, a veces bastante porosa, entre culturas plurales (*nosotros, los otros*), es decir, con definiciones e interpretaciones diversas, contrapuestas (a veces coincidentes), de realidades (al menos en apariencia o en construcción) semejantes.

Por otro lado, es una arena de *lucha*, un campo de *batalla*, un territorio de múltiples *escaramuzas* y *enfrentamientos* entre contingentes que deben su desigualdad, en fuerzas y posiciones, a su colocación objetiva en los lugares y los recursos de un espacio social.

Toda construcción de un *nosotros* se pacta en una tensión móvil entre las versiones y tomas de posición contrastantes o convergentes de los *incluidos*. Y por supuesto, el delineamiento (sea reforzador o denigrante) de los *otros*, se efectúa en múltiples combates, escenarios y *frentes*—a todo título— *culturales*. Cada uno de estos procesos tiene, además de su propia historicidad, una trayectoria particular que sólo por la acción práctica de los hombres y las mujeres organizados puede ser dirigida, torcida, ondulada o reorientada. Una temporalidad en el *interior* y otra más encabalgada e interpenetrada con ella, pero que viene del *exterior*.

La cultura, tensión y movimiento, conflictos y negociaciones que resuellan y se acompañan a dos ritmos sincopados en la reconstrucción y la creación del sentido.

Tiempos de crisis ¿La cultura?: lo único que queda, cuando ya no queda nada

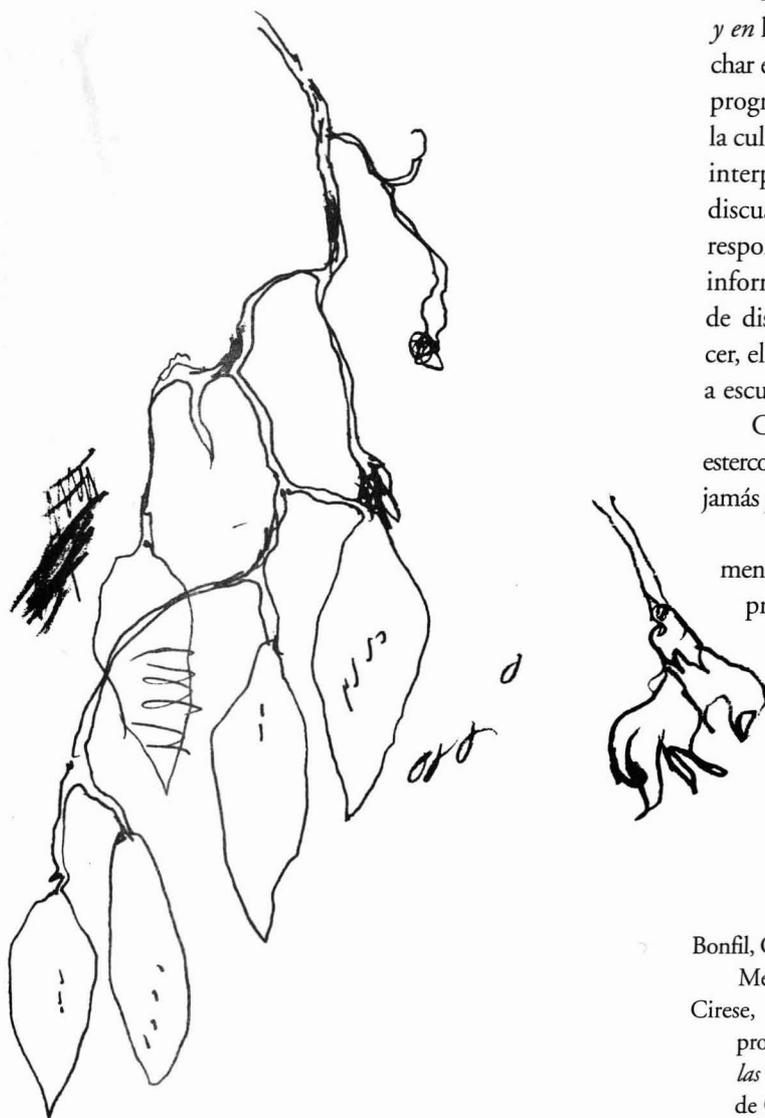
*Los potreros están sin ganado,
todito se acabó... ¡ay!
ya no hay palomas,
ni hierbas de aromas
todo terminó*

Elizondo y García: *Cuatro Milpas*

Una crisis compleja como la que vivimos en el México de estos tiempos que atropellados corren, tiene muchas facetas.

Desde luego, la *económica* es muy evidente (inflación, de-pauperación, recesión, desempleo, suicidios, quiebras, huelgas), y la gente responde sobreexplotándose, *taloneándole, doble-teando*, o dedicándose al jugoso negocio del atraco.

El desarreglo (¿caos?) del espacio de la *política* (crisis de los partidos, privatización del Estado, violencia, narcotráfico, corrupción) no está para menos y también ha acarreado, diferentes respuestas: abstencionismo, guerrilla, multiplicación de las *o-ene-gés* y de organizaciones vecinales y ciudadanas. Pérdida de legitimidad que orilla a una nueva e inminente reforma.



El país se nos desmorona en las manos y lo que queda está pegadito con alfileres.

En el ámbito de la *cultura*, si bien los sentidos no se consumen, sí de alguna manera se luyen, se les adelgaza la impronta y se les abolla la aureola. Todo se hace *light*. La situación es muy compleja y por decir lo menos, peligrosa. Entramos de repente a competir en las ligas mayores, sin bat, sin manoplas, sin uniforme, sin porra, sin conocer las reglas ni la cancha y ya vamos perdiendo —'ora sí que de calle— en las primeras entradas. Pero lo más grave no es esta situación objetiva de desventaja frente al otro equipo (que inventó las reglas y el juego mismo). Lo peor es que llegamos hasta allá, con un síndrome de amnesia perniciosa, con una completa desmemoria de nosotros mismos. Rápido, velozmente, nos hemos dedicado a expropiarnos y a borrar nuestra propia memoria, y vivimos la ilusión de un eterno (y terrorífico para muchos) presente, que Bonfil ligaba con el *México imaginario*, borrándole el contorno y blanqueándole los rasgos al *México profundo*. Un país estrecho, cada vez más excluyente, cada día con menos futuro para los más: los sin nombre, los comunes, los sin rostro televisivo.

Es ahora, precisamente en el vórtice del huracán, que *desde y en* la cultura necesitamos volver a definir lo *posible*, ensanchar el espacio del *presente*, reconstruimos la esperanza, recuperar progresivamente la *memoria*. Sí —ya lo vimos—, no hay en la cultura nada que escape al conflicto y a la negociación de las interpretaciones, pero por todo eso necesitamos favorecer la discusión, estimular la creación y la imaginación, hacernos responsables del cuidado y la generación de nuestra propia información y nuestro saber. Tenemos que darnos a la tarea de diseñar para nosotros nuevas formas de ejercitar el placer, el sueño, el juego y la discusión. Aprender a tolerarnos y a escucharnos. No nos queda de otra.

Con la nariz, la cabeza y el corazón metidos en el fondo del estercolero que hemos ayudado (a veces con vehemencia) a formar, jamás podremos hacer de la mierda putrefacta abono fertilizador.

Nos viene haciendo falta —*nos urge*— un acto profundamente amoroso de refundación del sentido de México, del proyecto de pacto social que nos permita crecer y crear.

Un aplauso al corazón.

Ver lo que *no se puede ver*, exigir estrictamente lo imposible, imaginar *tan sólo* lo in-imaginable. Y sin la cultura, con todo y las escualidas vacas, nomás no se va a poder. ♦

Bibliografía

- Bonfil, Guillermo, *México profundo. Una civilización negada*, Grijalbo, México, 1990.
- Cirese, Alberto, "Notas provisionales sobre fabrilidad, signicidad, procreación y primado de las infraestructuras", en *Estudios sobre las Culturas Contemporáneas*, Programa Cultura-Universidad de Colima, vol. 1, núm. 1, 1986, pp. 79-148.
- Fossaert, Robert, *El mundo en el siglo XXI. Una teoría de los sistemas mundiales*, Siglo XXI, México, 1994.
- Foucault, Michel, *Microfísica del poder*, Einaudi, Torino, 1978.
- Galindo, Jesús, *Cultura mexicana en los ochenta. Apuntes de metodología y análisis*, Universidad de Colima, Colima, 1994.
- Geertz, Clifford, *La interpretación de las culturas*, Gedisa, México, 1987.
- Giménez, Gilberto, "La teoría y el análisis de la cultura. Problemas teóricos y metodológicos", en González, Jorge y Jesús Galindo (coords.), *Metodología y cultura*, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, México, 1994.
- González, Jorge A., *Sociología de las culturas subalternas*, UABC, Mexicali, 1990.
- *Más(+) cultura(s). Ensayos sobre realidades plurales*, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, México, 1994.
- "Coordenadas del imaginario. Protocolo para el uso de las cartografías culturales", en *Estudios sobre las Culturas Contemporáneas*, Programa Cultura-Universidad de Colima, época 2, vol. 1, núm. 2, 1995.
- y Lupita Chávez (colaboradora), *La cultura en México: cifras clave*, Universidad de Colima y Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, México, 1996.
- Wallerstein, Immanuel, *El moderno sistema mundial II. El mercantilismo y la consolidación de la economía-mundo europea, 1600-1750*, Siglo XXI, México, 1984.